

Los oficios de *Chuquelo*

Carlos López

Chuquelo, como perro, era un completo desastre. Si alguien lanzaba un palo para que lo trajera, en lugar de ir a por él *Chuquelo* pensaba: «¡Ha tirado el palo al suelo! ¡Las cosas han de tirarse a la papelera! ¡Desde luego este tipo es un cochino!». Si alguien lanzaba un *frisby* para que lo trajera, en lugar de ir a por él *Chuquelo* pensaba: «¡Verdaderamente, los *frisbys* tardan más en caer que los palos!». Entonces la gente ya no lanzaba nada para que *Chuquelo* se lo trajera, y se marchaban. *Chuquelo* se ponía triste, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar algunos de los huesos que guardaba y comérselos para combatir la depresión.

Todas las mañanas, a *Chuquelo* lo mandaban al quiosco a por el periódico. Le ataban al collar una bolsa con el dinero, y en esa misma bolsa el quiosquero introducía el periódico. Pero un domingo, en vez de comprar el periódico, *Chuquelo* se compró un tebeo de Rin Tin Tin, su héroe favorito. Entonces en casa le riñeron, y *Chuquelo* se puso muy triste, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar algunos de los huesos que guardaba y comérselos para combatir la depresión.

Si le ordenaban ir a por las zapatillas, las cogía con la boca, y el caso es que llegaban llenas de babas. Entonces le reñían, y *Chuquelo* se ponía muy triste, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar algunos de los huesos que guardaba y comérselos para combatir la depresión.

Chuquelo, como perro, era tal desastre que a veces no se acordaba de dónde había enterrado el hueso. Así que, para indicar el lugar, clavaba un letrero en el que había escrito «AQUÍ HE ENTERRADO UN HUESO». Pero eso tenía el inconveniente de que los demás perros lo leían, y le robaban el hueso. Así que cambió de estrategia. Pasó a hacer un plano del lugar donde estaba enterrado el hueso, de igual modo que el pirata con el tesoro. Después enterraba el plano, y hacía otro plano que indicaba dónde estaba enterrado el hueso. Luego hacía otro plano que indicaba

dónde estaba enterrado el plano que indicaba dónde estaba enterrado el hueso. Y así hasta que ya no sabía qué plano llevaba a qué plano y no daba con el hueso.

En una ocasión en que le sucedió eso, *Chuquelo* se abatió tanto que se tumbó durante un largo rato. Se quedó dormido, y soñó que tenía una nevera donde guardaba los huesos, y no había necesidad de enterrarlos.

Se lamentaba de su pésima memoria. *Chuquelo* era muy glotón, y lo contrariaba enormemente no recuperar el hueso. A *Chuquelo* le hubiera gustado ser el protagonista de la historia que leyó un día. La historia decía así:

Este era un perro que encontró un hueso. «Lo guardaré para otro día», pensó. Y fue a enterrarlo. Pasado el tiempo, volvió al lugar donde había enterrado el hueso, y vio que en el sitio exacto había brotado un árbol que estaba cargado de huesos.

A *Chuquelo* nunca le había pasado nada parecido. Como perro, era un completo desastre, y se sentía muy deprimido. Algunas noches, de pura tristeza, le aullaba a la luna. Y el caso es que daba unos aullidos tan desafinados que la luna se tapaba los oídos. De buena gana la luna le hubiera arrojado un caldero de agua, pero en la luna no hay agua. Y las estrellas le gritaban:

—¡Queremos dormir!

Chuquelo se sentía un auténtico fracasado, un perro inútil. Todos los perros del mundo tienen un oficio. ¿Qué sería de su vida? ¿Cuál iba a ser su futuro? «Hoy en día es muy importante ladrar idiomas para conseguir un buen empleo», pensó. Pero *Chuquelo* no sabía ladrar idiomas. Le hubiera gustado ladrar en inglés con un *Bulldog* inglés,

o ladrar en alemán con un Pastor alemán, o ladrar en chino con un pequinés. Pero no sabía, y pensaba que no tenía cabeza para aprender. Estos pensamientos lo entristecían, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar un montón de huesos y comérselos para combatir la depresión.

Sin embargo, todos los perros del mundo tienen un oficio, y él tomó la determinación de buscarse uno también.

Probó como perro de compañía. Estuvo con una abuelita que vivía sola, y ésta se sentía más sola con la compañía de *Chuquelo* que cuando estaba sola. Así que lo despidió. *Chuquelo* se puso triste, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar un montón de huesos y comérselos para combatir la depresión.

Probó de perro policía. Al principio encontraba el rastro con su nariz negra y húmeda, pero enseguida se distraía con el olor de un pollo asado en una casa cercana, o de una tarta recién salida del horno, y abandonaba el rastro. A *Chuquelo* lo despidieron. *Chuquelo* se puso triste, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar un montón de huesos y comérselos para combatir la depresión.

Probó como perro pastor. Pero las ovejas dijeron: «Éste acaba de llegar y ya pretende darnos órdenes. ¡Faltaría más!». Y no le hacían ni caso. *Chuquelo* creía que las ovejas no le entendían. «Es que ellas hablan en *balido* y yo hablo en *ladrido*. Son idiomas diferentes», dijo para sí. La cuestión es que el pastor lo despidió. *Chuquelo* se puso triste, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar un montón de huesos y comérselos para combatir la depresión.

Probó como perro de carre-

ras. Pero como estaba tan gordo de comer tantos huesos, quedaba siempre de último. La cuestión es que lo despidieron. *Chuquelo* se puso triste, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar un montón de huesos y comérselos para combatir la depresión.

Entonces probó en el circo. Nada más salió al centro de la pista, se le echaron encima todas las pulgas del domador de pulgas, y empezó a rascarse. Y al público no le pareció ninguna habilidad especial eso de rascarse, y lo abuchearon, y el director del circo lo despidió. *Chuquelo* se puso triste, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar un montón de huesos y comérselos para combatir la depresión.

Entonces probó como perro de caza. Pero las perdices le daban pena, y las avisaba de que había cerca cazadores. Las perdices huían. Los cazadores lo despidieron. *Chuquelo* se puso triste, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar un montón de huesos y comérselos para combatir la depresión.

Probó como perro guardián. Pero era tan malo que una vez un ladrón le robó el collar, así que lo despidieron. *Chuquelo* se puso triste, y cuando se ponía triste lo que hacía era desenterrar un montón de huesos y comérselos para combatir la depresión.

Chuquelo se dirigió al descampado donde guardaba los huesos. Y sucedió que mientras desenterraba uno, acertó a pasar por allí un prestigioso paleontólogo que estaba trabajando en un yacimiento cercano, a la busca de dinosaurios. Se percató de la gran pericia de aquel perro desenterrando huesos, y pensó que sería una magnífica ayuda en su trabajo.

Y así fue como *Chuquelo* se convirtió en perro paleontólogo. *Chuquelo* desenterró infinidad de huesos de dinosaurio. Trabajó de perro paleontólogo durante muchos años, hasta que le llegó la hora de jubilarse. Ese día el equipo de paleontólogos le regaló un hueso de plata. *Chuquelo* enterró el hueso de plata, y de vez en cuando lo desenterraba, y lo miraba, y recordaba los buenos tiempos pasados.